

VENEZUELA EN MERCOSUR: APROXIMACIÓN A UN BALANCE DE SUS CONSECUENCIAS REGIONALES

Rita Giacalone*

En estas notas se plantea qué representó el ingreso de Venezuela al MERCOSUR en la polarización regional y qué rol jugó el discurso del gobierno venezolano en ella. Se busca destacar la agencia de los actores políticos en ese proceso y el uso del discurso populista como estrategia deliberada a fin de enfatizar la responsabilidad de los actores políticos en disminuir o manejar el conflicto. Aunque un balance del ingreso de Venezuela al MERCOSUR puede tener otras facetas, es importante identificar aquella que tiene consecuencias más negativas para la integración regional en la actualidad.

En la década del 2000, la coincidencia en el poder de distintos países latinoamericanos de partidos o movimientos de izquierda no alcanzó por sí sola a justificar la existencia de un concepto unitario de regionalismo. Aunque los gobiernos brasileño y venezolano establecieron acuerdos regionales como la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur, 2008) y la Alianza Bolivariana para Nuestra América (ALBA, 2004), ellos no surgieron de las mismas premisas ni terminaron logrando los mismos objetivos. Si coincidieron en algo fue en que ambos se usaron para asegurar la permanencia en el poder de sus gobiernos promotores mediante la defensa y difusión de factores materiales (expansión de empresas de construcción en la región, política petrolera, etc.) y no materiales (ideología). Ninguno de esos acuerdos representó un desplazamiento de poder o capacidad funcional de sus gobiernos hacia el regionalismo, pues Unasur y ALBA se asocian con el predominio de los intereses geopolíticos de Brasil y Venezuela, respectivamente (Lo Brutto y Vázquez, 2015, p. 69). Brasil limitó la institucionalización de Unasur para no verse limitado por otros gobiernos, mientras Venezuela organizó

* *Ph. D en Historia. Profesora titular de Historia Económica e Investigadora del Centro de Estudios Agroalimentarios, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes, Venezuela. Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Calgary, Canadá. Profesora de la Maestría en Integración Latinoamericana y de la Especialización en Políticas de Integración, Instituto de Integración Latinoamericana, FCJyS UNLP*

ALBA en un formato eje-rayos que aseguró la dependencia de sus miembros de los recursos del gobierno venezolano.

Si la segunda década del siglo XXI aportó algo al regionalismo latinoamericano fue dejar en evidencia que el regionalismo responde a intereses gubernamentales y no, regionales. Ese rasgo no es nuevo porque se observa a lo largo del proceso histórico de integración, pero el regionalismo de este siglo lo profundizó al polarizar las diferencias entre acuerdos y elevar el nivel de conflicto regional con un discurso reduccionista, que asoció regionalismo con afinidad ideológica convirtiéndola en una dimensión suma cero. Como resultado de la reacción que produjo, gobiernos que se habían mantenido alejados de acuerdos regionales, como México y Chile, promovieron propuestas alternativas como el Arco del Pacífico Latinoamericano (APL, 2007) y la Alianza del Pacífico (AP, 2011), que aceleraron la fragmentación generada por la polarización (Giacalone, 2018).

Desde el gobierno brasileño de José Sarney, la expectativa había sido que un acercamiento de MERCOSUR a Venezuela aseguraría los recursos energéticos que faltaban en el grupo. El rechazo brasileño y venezolano a la propuesta de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) hecha por Estados Unidos los unió aun más, de forma que necesidad de recursos energéticos y posición anti-ALCA sirvieron de contexto para que Venezuela solicitara su ingreso al MERCOSUR y éste le diera una rápida aceptación informal. Otro factor que favoreció la decisión fue el comercio de Brasil con Venezuela, que en 2007 había alcanzado US\$5.700 millones, con superávit de US\$ 4.600 millones a favor de Brasil. Para entonces Brasil era el segundo socio comercial de Venezuela, detrás de Estados Unidos, y, como Venezuela importaba – en su mayor parte de Colombia y Estados Unidos – el 70% de los alimentos que consumía, existía la expectativa de que Argentina y Brasil ocuparían ese lugar (BBC, 2009). Las expectativas positivas se relacionaban, por lo tanto, con ganancias de índole económica en acceso a energía y mayores exportaciones, aunque existía también afinidad política entre ambos gobiernos³.

³ El comercio aumentó durante la etapa de auge petrolero, pero cayó a medida que disminuyeron exportaciones de petróleo y producto interno bruto de Venezuela desde 2012.

Sin embargo, a lo largo del proceso de incorporación venezolana al acuerdo hubo voces que expresaron dudas acerca de sus aportes al mismo:

Es un tipo de gobierno que de cierta forma trae otro comportamiento hacia el interior del MERCOSUR” porque mientras el presidente Inácio Lula da Silva logra una actuación "integradora" en su política externa, el presidente venezolano es más temperamental y cultiva un "nacionalismo exacerbado" y “Venezuela es una democracia en el sentido formal, pero tiene una forma de gobierno muy autoritaria” (Sonia de Camargo, PUC-Rio, BBC, 2009).

Si Venezuela ingresa al MERCOSUR, de cierta forma estamos corroborando sus problemas. ¿Y la rivalidad de Venezuela con Colombia, por ejemplo? ¿Cómo quedaría el bloque?... y ...“una elevada dosis de Chávez en el MERCOSUR podría aumentar la ideologización antiestadounidense”, además de incrementar “el grado de las proyecciones de Chávez, [que] tiene mucho más espacio para articularse” porque “ganaría un escenario mucho mejor que UNASUR y ALBA, que son expectativas, mientras que el MERCOSUR, pese a la crisis, realmente existe. (José A. Hage, Escuela de Negocios Trevisan, Sao Paulo, BBC, 2009)

Las razones de las dudas respecto a Venezuela se aprecian al analizar el discurso político venezolano donde destaca una visión diferente del regionalismo y la integración de la asumida por el grupo del Cono Sur. En *Fundamentos de la Nueva Integración del Sur* se señala que MERCOSUR defiende un modelo de democracia representativa liberal y Venezuela, un modelo de democracia participativa y protagónica. Además, se destaca la necesidad de sumar a Centroamérica y el Caribe “al proceso de integración llevado por... Brasil” [integración sudamericana] porque, para “tomar el control del proceso de integración latinoamericano y caribeño y hacerlo viable, Venezuela debe expandirlo a toda... América Latina y el Caribe [...]” (*Fundamentos*, 2007, págs. 29, 72, como se cito en, 2013), considerada “espacio vital venezolano”. Ese discurso mostraba que el núcleo duro de la integración regional para Venezuela no era MERCOSUR sino el ALBA.

Asimismo, el presidente Hugo Chávez objetó en 2006 la propuesta de integrar a Sudamérica uniendo sus bloques comerciales al decir que “[...] la CAN, con todo respeto, no sirve y el MERCOSUR tampoco [...] o lo reformateamos y hacemos uno

nuevo o también se acabará. No son instrumentos adecuados para la era que estamos viviendo, son instrumentos para la élite” (como se cito en Giacalone, 2013, p.). Si en 2008 su discurso cambió y exaltó la creación de Unasur se debió al cambio de nombre (de Comunidad a Unión) y a su menor énfasis en aspectos comerciales. Esos rasgos le permitieron plantearla en términos del “bolivarianismo” para el cual “el problema de la dependencia es político, una lucha por un espacio geopolítico propio, por lo que abordar la integración como un problema economicista, sólo servirá a los intereses imperiales” (*Fundamentos*, 2007, p. 69, como se cito en Giacalone, 2013).

Ese discurso responde a la voluntad de mostrar a Unasur como resultado de la influencia venezolana y de presentar los objetivos del acuerdo como equivalentes a los del proyecto político venezolano (socialismo del siglo XXI). Así el vicescanciller venezolano para América Latina y el Caribe, Francisco Arias Cárdenas, decía en 2008:

[Unasur] ...no es un foro más; es el foro de los foros, es la integración que va caminando seguramente hacia una federación, hacia una confederación, que a lo que más podría parecerse es a la Comunidad Económica Europea” [...] ésta es la hora en que América del Sur levante la cara y hable con voz de pueblo unido frente al planeta (como se cito en Giacalone, 2013, p. 147).

El objetivo de un discurso de ese tipo es aumentar frente a seguidores nacionales y regionales la importancia del gobierno bolivariano y presentar su proyecto político como aceptado internacionalmente y en expansión permanente. Emplea una retórica discursiva que busca convencer a auditorios específicos e imponer ideas para que esos auditorios las repitan. Se busca exaltar el liderazgo venezolano y disminuir a acuerdos como CAN y MERCOSUR y a gobiernos con posiciones opuestas. No trata de convencer sino de formar y diseminar un mensaje político (Giacalone, 2013).

En el programa “Patria Grande” (Chávez, 2012, p. 35, como se cito en Giacalone, 2013), objetivos a alcanzar en ALBA eran reforzar sus elementos políticos, conformar su zona económica, y fortalecer el Sistema Unitario de Compensación Regional (SUCRE), el Banco del ALBA y Petrocaribe, y para MERCOSUR solo se planteaba un acercamiento con ALBA mediante la adopción del SUCRE. La meta era desarrollar “[...] una... geopolítica internacional en la cual tome cuerpo el mundo multicéntrico y pluripolar que permita lograr el equilibrio del universo y garantizar la paz planetaria... [con Venezuela] desempeñando un papel protagónico en la construcción de la unión latinoamericana y

caribeña”. Esa geopolítica se expresaba en ALBA, cuyo rol de vanguardia debía reforzarse, dejando claro que MERCOSUR no era el eje de su política regional.

En 2013, la realidad económica venezolana y global y la muerte del presidente llevaron a Venezuela a proponer la complementariedad económica entre ALBA y MERCOSUR para incluir a otros países y aumentar el comercio interregional. Esa propuesta continuaba un discurso que presentaba la propuesta brasileña de ‘un MERCOSUR ampliado’ a países sudamericanos como una superposición (o alianza) ALBA-MERCOSUR, porque al ingreso de Venezuela había seguido el de Bolivia y se anunciaba el de Ecuador, tres miembros de ALBA.

De todas formas, si hasta 2006 Venezuela se vinculaba a Colombia/CAN por razones económicas y desde entonces con Brasil/MERCOSUR por razones políticas, en ambas etapas reconoció que el petróleo era su principal elemento de cooptación y protegió sus intereses. En el Caribe y Centroamérica, Petrocaribe desplazó a competidores y promovió proyectos para procesar petróleo pesado venezolano y desarrollar logística propia (Benzi y Zapata, 2013). Eso le permitió crear clientelas políticas porque aún seguidores ideológicos, como Cuba y Nicaragua, recibieron recompensas o beneficios económicos de orden clientelar.

Las clientelas políticas regionales fueron fundamentales después de la muerte de Chávez, cuando el triunfo de la oposición política en las elecciones parlamentarias de 2015 profundizó la represión gubernamental y originó sanciones a Venezuela de la comunidad regional y global. La política exterior se orientó a defender la permanencia del gobierno en el poder y a mantener proyección regional proponiendo incorporar a países de Petrocaribe al Acuerdo de Complementación Económica entre Venezuela, Cuba, Bolivia y Nicaragua, como base de una potencial zona de comercio ALBA-Petrocaribe-Comunidad del Caribe (CARICOM)-MERCOSUR. La escasa respuesta positiva de otros gobiernos indicó, sin embargo, que la política exterior venezolana había perdido la atracción que tuvo durante el auge petrolero.

Las repercusiones regionales de la crisis venezolana (conflicto gobierno-oposición política, situación económico-social, creciente autoritarismo de su régimen político) muestran la importancia de la polarización. La cumbre Unión Europea (UE)-Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) de 2017 fue pospuesta por el aumento de las divergencias latinoamericanas sobre cómo interpretarla. Meses

después, miembros de la CELAC aprobaron la Declaración de Lima que considera que “Venezuela ya no es una democracia y son ilegítimos los actos emanados de la Asamblea Nacional Constituyente”, mientras otros declaraban su apoyo a la no injerencia externa en asuntos venezolanos (Birle, 2017, p. 12). Al poco tiempo, se paralizaba también la Unasur, incapaz de asumir una posición conjunta al respecto.

El rasgo más distintivo del discurso del gobierno venezolano en el siglo XXI es su oposición a cualquier forma de integración latinoamericana diferente de su concepción. Se manifiesta en una narrativa que interpreta la historia regional como determinada por la acción redentora de líderes venezolanos (Bolívar, Francisco de Miranda) y culmina necesariamente en Chávez como extensión de esos liderazgos. Ese discurso vincula el rol liberador de Venezuela al ideario cubano (Martí, Castro) apoyándose en recursos petroleros y carisma del presidente venezolano. Con su discurso, Venezuela exacerbó la baja institucionalidad de la integración suplantándola por la afinidad personal o político-ideológica entre líderes o gobiernos haciendo que, cuando esa afinidad desaparece o disminuye, la integración pierda importancia o sentido. La afinidad permite que Nicaragua sea parte de ALBA, aunque tenga tratados de libre comercio con Estados Unidos y la UE, porque esa institucionalidad quedaría eliminada por intereses comunes creados a partir de afinidad ideológica y cooperación petrolera. La identificación de Estados Unidos como el “enemigo” de una integración “a la venezolana” implica que cualquier desacuerdo con ese tipo de integración representa una intrusión del enemigo que obstaculiza la afinidad natural de la región.

El aspecto emocional más que la reflexión fue clave de persuasión (imagen de Bolívar, términos patria, humanidad, etc.). Como la lucha entre pueblo y oligarquía se presenta como enfrentamiento entre valores o lucha moral y ética entre el bien y el mal, el empleo discursivo de un esquema binario (bueno vs. malo) excluye y margina al oponente con un léxico descalificador y exalta una imagen positiva del yo/nosotros como buenos. Al legitimar su proyecto político, se lo presenta como parte esencial de la vida humana o derivación misma de su humanidad. Ese afán de convertir a una doctrina (el socialismo del siglo XXI) en valor universal sirve simultáneamente para legitimar la imagen de quien la encarna (Calderon, 2018).

Antes de analizar qué representó el ingreso de Venezuela al MERCOSUR en la polarización regional, debe aclararse que la polarización se entiende como un fenómeno

relacional que se produce con la intención deliberada de obtener objetivos específicos. En ese proceso, la multiplicidad de diferencias en una sociedad se reduce a una sola dimensión, que la separa en dos grupos opuestos y enfrentados entre sí y produce dinámicas conflictivas similares en distintos contextos ideológicos (McCoy et al., 2018, p. 17). No se trata de la radicalización de opiniones políticas o de un aumento de la distancia entre ellas sino de “cristalizarlas” como un factor divisivo que mina la cohesión social y la estabilidad política (McCoy et al., 2018).

La polarización se diferencia de la politización cuyos efectos en la integración regional ya han sido estudiados (Dabene, 2012; Ribeiro Hoffman, 2015; Bianculli, 2020)⁴. En la politización, la discusión de temas o políticas públicas es racional y los temas son importantes, mientras en la polarización el tema es secundario frente a la tendencia a ver al grupo opuesto como enemigo y a convertirlo en estereotipo de lo que representa. No se trata de atacar el tema con argumentos sino de derrotar al enemigo, lo que hace que la polarización genere más polarización porque el alejamiento entre las partes entorpece el diálogo y la posibilidad de negociar posiciones (MacCoy et al., 2018, p. 22).

Si bien el fenómeno se inicia en el campo de lo político, afecta lo social y económico. En nuestro caso, sus efectos se observan en el campo de la integración regional donde algunos acuerdos, como la CAN, se fracturaron internamente cuando Bolivia y Ecuador ingresaron a ALBA y Colombia y Perú se asociaron a la AP y otros, como MERCOSUR, enfrentan divisiones fuertes entre sus gobiernos. Estas últimas paralizan o impiden la toma de decisiones necesarias y hasta urgentes como las relativas a esfuerzos de convergencia regional para enfrentar el complejo contexto post-COVID.

Es conocida la vinculación de la polarización con el populismo y su relación con el discurso político. Laclau (2005, p. 11) define al populismo como “un modelo de construir lo político” desde el antagonismo, cuando hay “*déficit de las mediaciones (ausencia de un sistema de partidos plural y competitivo o una cultura cívica robusta)*” que causa malestar (como se cito en Retamozo, 2017, p. 165). Concebirlo como una lógica política permite asociarlo a distintos contenidos ideológicos y distintos resultados (Retamozo, 2017, p. 174). Sobre el discurso, Lozada (2014) observa que el favoritismo por una

⁴ La politización es un rasgo general del regionalismo porque todo proyecto regional tiene un contenido político, lo que no obstaculiza que gobiernos con objetivos no necesariamente idénticos participen en él.

posición política y el grupo que la sustenta no induce automáticamente el odio o la deshumanización del otro. Eso lo logra el discurso cuando el oponente deja de ser mencionado como “uds” para pasar a ser “ellos”, con lo cual se lo excluye y aliena para presentar al propio grupo como moralmente superior.

Un estudio de los llamados populistas “bolivarianos” observa que esos gobiernos han incorporado un concepto de integración regional que se mezcla con mayor injerencia política en otras naciones (Burrier, 2019, p. 174). Pero como ese estudio no incluye a Venezuela, su conclusión acerca de que hasta ahora la retórica populista no ha aumentado el conflicto en América Latina no es aplicable al caso venezolano. Al contrario, Wajner (2019, págs. 211, 215) atribuye a Venezuela un populismo que a diferencia de los anteriores no es pragmático e invierte grandes recursos para extender su liderazgo apoyando a gobiernos amigos, socavando a los considerados enemigos y cooptando a académicos. De esa manera, existe un esfuerzo deliberado del gobierno venezolano por legitimar su proyecto político bajo el slogan de construir una “patria grande” o “nuestra América”.

Además de la relación entre polarización y populismo, la literatura explora el vínculo entre polarización y globalización. Acerca de él, Schlegel (2019) opina que la tendencia a pertenecer o refugiarse en un grupo con arraigo fuerte (nación, grupo político, étnico o tribu) no es consecuencia de la globalización sino de quienes explotan la necesidad de pertenencia en un mundo incierto donde las nuevas tecnologías de la información facilitan la circulación de slogans simplistas. La sensación de amenaza generada por la incertidumbre es alimentada por el bombardeo de mensajes cortos y rápidos que no necesitan ser sustanciados. Otra explicación considera a la polarización derivación natural de la lucha de clases por recursos escasos, por lo cual el populismo latinoamericano se activaría en épocas de declinación económica y disminuiría en épocas de auge. Venezuela no sigue esa regla porque se comporta como petroestado y aumenta su discurso polarizador en la etapa de auge económico (véase Mallen y García-Guadilla, 2018).

Resumiendo, la polarización no es consecuencia natural de la politización o radicalización de posiciones políticas, ni de la globalización o la lucha de clases, sino que tiene dos vectores de difusión importantes en el populismo (de cualquier perspectiva ideológica) y su discurso. Las interpretaciones que reconocen el rol del populismo y el

discurso en la polarización política llevan a concluir que, si la polarización es inducida por acción humana, puede resolverse o limitarse mediante acciones del mismo tipo (Nivola, 2005). En tanto populismo y discurso político son parte de la agencia de actores políticos. Se discute a continuación la responsabilidad de esos actores en generar, disminuir o manejar el conflicto entre naciones y acuerdos regionales.

En la literatura de Relaciones Internacionales, los efectos globales y regionales del populismo no han atraído mucha atención, excepto en análisis de política exterior donde se estudia el comportamiento de líderes populistas y sus efectos sobre cooperación y conflicto (Stengel, MacDonald, Nabers, 2019). Pero la literatura asigna responsabilidad a los Estados naciones de declarar guerras, contraer deudas, firmar tratados, etc., responsabilidad que se distribuye entre seres humanos según los roles o posiciones que ocupan en ese momento en el gobierno de esas naciones. Fleming (2014, págs. 5, 71) lo sintetiza en la imagen del Estado-nación como un automotor involucrado en un accidente vial donde la responsabilidad no puede achacársele a él, salvo excepciones, sino a quien lo maneja. Así, la responsabilidad de fomentar el conflicto regional para alcanzar objetivos políticos, como mantenerse en el poder o generar apoyos externos para legitimarse, recae en forma directa en gobiernos y líderes políticos.

Asimismo, Merke, Reynoso y Schenoni (2020) plantean que el factor clave que determina cambios de política exterior en un país latinoamericano es el cambio en la posición ideológica de su presidente. Si se extiende ese concepto a la integración regional, se puede argumentar que para que ella cambie es necesario que también lo haga la posición ideológica de sus presidentes. Estas notas complementan ese planteamiento agregando que la ecuación *cambio posición ideológica del presidente = cambio de política exterior* es crucial cuando existe un contexto de polarización en el que algunos actores implantan discursos que limitan las opciones políticas. En esa visión, la ideología no es el factor determinante, sino la manera en que se la utiliza discursivamente para dividir a la sociedad y desestabilizar a instituciones que no comparten la visión de quien busca usar la polarización en su beneficio.

Si Venezuela logró sembrar la polarización como estilo no solo discursivo sino de comportamiento gubernamental fue a partir de una política regional construida sobre la dicotomía “amigo-enemigo”, que exacerbó enfrentamientos y dio soluciones parciales a complejos problemas comunes (pobreza, exclusión, etc.), debilitando su alcance.

Russell (2006, p. 11) lo llamó “el efecto divisivo” del proyecto venezolano -- una fuerza centrífuga que afecta la integración regional desde adentro y se observa en la CAN (Bressan y Luciano, 2014) --. Venezuela confirmó las expectativas acerca de que su ingreso al MERCOSUR no serviría para que el grupo “exportara” democracia y estabilidad a ese país sino para que su gobierno “importara” inestabilidad y conflicto político a la región al suministrarle una plataforma más fuerte y aceptada que el ALBA. En otras palabras, al ingresar al MERCOSUR el gobierno venezolano, que buscaba legitimar su proyecto político con discurso y petróleo, logró asociar su imagen a la de un grupo regional relativamente exitoso.

En resumen, hasta 2013 la política exterior venezolana concentró su talante polarizador en la región y el petróleo y su participación en MERCOSUR (y en Unasur) fueron instrumentales en esa política. A pesar de que su influencia disminuyó cuando cayeron los precios del petróleo, la conflictividad regional que promovió mantiene la polarización y debilita a la integración regional.

Aunque Venezuela no pudo imponer los principios de su regionalismo en MERCOSUR, el componente ideológico de su política exterior y los rasgos personales del presidente venezolano (hasta 2012) exacerbaban características como escasa institucionalización, baja participación efectiva de actores sociales distintos a los gubernamentales y abandono de objetivos económicos (Adins, 2013), además de dividir a la CAN. La crisis venezolana posterior tuvo otras consecuencias negativas porque debilitó a Unasur y CELAC, que no pudieron enfrentar el derrame regional de la crisis (Giacalone, 2019) y subordinó el regionalismo a las coyunturas electorales de sus miembros (Adins, 2013). En este último aspecto, influye en forma directa el ingreso de Venezuela al MERCOSUR porque le dio una plataforma de proyección más amplia a su discurso polarizador. No siempre hubo consenso o convergencia entre miembros de los acuerdos regionales latinoamericanos, pero en la primera década del siglo XXI el conflicto se convirtió en polarización y se cristalizó en el regionalismo, dejando una impronta negativa que obstaculiza esfuerzos de cooperación necesarios y urgentes.

Bibliografía

Adins Vanbiervliet, S. (2013). El proyecto regional Bolivariano y las consecuencias de la muerte de Hugo Chávez para América Latina. *Agenda Internacional*, 20(31), 9-30.
<https://dialnet.unirioja.es/revista/25893/V/20>

BBC. (2009, 17 de diciembre). ¿Cómo cambia el Mercosur con Venezuela?
https://www.bbc.com/mundo/america_latina/2009/12/091216_0137_mercosur_ven_brasil_jaw.

Bianculli, A. (2020,). Politicization and regional integration in Latin America: Implications for EU-MERCOSUR negotiations? *Politics and Governance*, 8(1), 254-265.
<https://www.cogitatiopress.com/politicsandgovernance/article/view/2598>

Birle, P. (2017). El triángulo atlántico en tiempos de Trump. En A Servin, L. Martínez Alfonso, H. Ramanzani Junior, y A. Servin Pont (Coords), *América Latina y el Caribe: una compleja transición Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe* (14), 9-32. <http://www.cries.org/?p=4373>

Bressan, R. N. y Luciano, B. T. (2014, 27-31 de octubre). *A Comunidade Andina no século XXI: Entre Bolivarianos e a Aliança do Pacífico* [Paper presentation]. 38° Encontro Anual da ANPOCS, Caxambu, Brasil.
<https://www.anpocs.com/index.php/papers-38-encontro/gt-1/gt24-1/9045-a-comunidade-andina-no-seculo-xxi-entre-bolivarianos-e-a-alianca-do-pacifico/file>

Burrier, G. A. (2019). Populists and Foreign Policy: Evidence from Latin America. In F. Stengel, D. MacDonald, y D. Nabers (Eds.), *Populism and World Politics* (pp. 165-193). Palgrave Macmillan.

Calderón, L. (2018). Estrategias aplicadas en discursos políticos del socialismo del siglo XXI. *Perspectivas. Revista de Ciencias Sociales*, (5), 112-130.
<https://perspectivasrcs.unr.edu.ar/index.php/PRCS/issue/view/6>

Dabène, O. (2012). Consistency and resilience through cycles of repoliticization. In P. Ruggirozzi, y D. Tussie (Eds.), *The rise of post-hegemonic regionalism: The case of Latin America* (pp. 41-64). Springer.

Fleming, S. (2014, 23 de junio.). *The locus of responsibility in international relations: A theory of state responsibility* [Unpublished master's thesis]. University of Calgary.
<https://prism.ucalgary.ca/handle/11023/1582?show=full>

Giacalone, R. (2013). Venezuela en UNASUR: integración regional y discurso político. *Desafíos*, 25(1), 131-166.
<https://revistas.urosario.edu.co/index.php/desafios/issue/view/227>

Giacalone, R. (2018). Latin American regionalism in the XXI century: An ongoing interactive game of resistance and cooperation. *Mural Internacional*, 9(1), 21-38. <https://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/muralinternacional/issue/view/1971>

Giacalone, R. (2019). De la cooperación al conflicto: el rol de la toma de decisiones en la integración regional latinoamericana (2000-2018). En M. G. Ramos Barrera (Ed.), *Integración regional: Retos, obstáculos y nuevos paradigmas* (pp. 42-77). Institución Universitaria Politécnico Gran Colombiano.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.

Lo Brutto, G. y Vázquez Salazar, C. (2015). The Strategic Integration of Latin America. *Latin American Perspectives*, 42(4), 61-72. <https://journals.sagepub.com/toc/lap/42/4>

Lozada Santelis, M. (2014). *Us or them? Social representations and imaginaries of the other in Venezuela* [Papers on Social Representations]. Universidad Central de Venezuela. <http://saber.ucv.ve/handle/123456789/13623>

Mallen, A. L., y Garcia-Guadilla, M. P. (2018). Polarization and Democracy in Venezuela. In *Venezuela's Polarized Politics: The Paradox of Direct Democracy in Venezuela* (pp 1-24). Lynne Rienner. <https://www.rienner.com/uploads/59a85c506a498.pdf>

McCoy, J., Rahman, T., y Somer, M. (2018). Polarization and the Global Crisis of Democracy. *American Behavioral Scientist*, 62(1), 16-42. <https://journals.sagepub.com/toc/abs/62/1>

Merke, F., Reynoso, D., y Schenoni, L. (2020). Foreign policy change in Latin America: Exploring a middle-range concept. *Latin American Research Review*, 55(3), 413-429. <https://doi.org/10.25222/larr.380>

Nivola, P. S. (2005, 1 de enero). Thinking about political polarization. *Brookings Policy Brief*, (139), 1-8. <https://www.brookings.edu/research/thinking-about-political-polarization/>

Retamozo, M. (2017). La teoría del populismo de Ernesto Laclau. *Estudios Políticos*, (41), 157-184. <https://doi.org/10.1016/j.espol.2017.02.002>

Ribeiro Hoffmann, A. (2015). Politicization and Legitimacy in MERCOSUR. In A. Hurrelmann, & S. Schneider (Eds.), *The legitimacy of regional integration in Europe and the Americas*. Palgrave Macmillan (pp. 57-72). https://doi.org/10.1057/9781137457004_4

Russell, R. (2006, Junio). ¿Hacia dónde va el Mercosur? *Desarrollo, Defensa, Energía y Medio Ambiente*, 2(10), 18-38.

Schlegel L. (2019, 26 de noviembre). *El tribalismo premoderno en un mundo postmoderno*. European Eye on Radicalization. <https://eeradicalization.com/es/el-tribalismo-premoderno-en-un-mundo-postmoderno-como-los-impulsos-tribales-pueden-llevar-a-opiniones-radicalizadas/>

Wajner, D. F. (2019). Making (Latin) America Great Again: Lessons from Populist Foreign Policies in the Americas. In F. Stengel, D. MacDonald, & D. Nabers (Eds.), *Populism and World Politics* (pp. 195-225). Palgrave Macmillan.